

—¡Venid!—le dijo.

—¡No!—contestó Berthier.—Justino va á abrir.
Esperemos.

Hubiese deseado lanzarse hacia la puerta, y se imponía la paciencia de no dar un paso en busca de lo desconocido que llegaba, deseando, si era la derrota, conservar todavía un momento más su última ilusión, su última partícula de fortuna: su esperanza.

II.

—«¡Miguel Berthier! ¡Miguel Berthier! ¡Miguel Berthier!.....»

Este nombre era repetido de segundo en segundo en la sala del colegio municipal, transformada en sección electoral, con la regularidad de la péndola de un reloj.

Nunca, desde el establecimiento del Imperio, dos candidatos habían encarnado con más fidelidad el uno un sistema y el otro un principio: Brot-Lechesne, fabricante de calzado y notable comerciante, representaba la adhesión incondicional al Gobierno, la ceguedad llevada al servilismo; Miguel Berthier, el hijo del proscrito de Diciembre,

personificaba en su viril energía la reivindicación de la libertad.

Todo París se había apasionado por este último candidato desde que surgió del fondo de las asambleas populares: el entusiasmo, la fiebre, el delirio con todos sus arrebatos latían en el cerebro y en el pecho, como la sangre en las arterias, al escuchar las arengas de aquel hombre que había jurado no entrar en la Asamblea, si en ella lograba entrar, sino como espectro amenazador del pasado.

¡Hasta en las Tullerías se tenía miedo de su popularidad creciente!

París había votado, y se abrieron luego las cajas cuadradas de sellos rojos para verificar el escrutinio, y las papeletas de la votación, contadas previamente, se entregaron á secretarios benévolos que se repartían el trabajo de comprobar los sufragios, unos desdoblado los boletines y leyendo en voz alta los nombres inscritos, y otros consignando uno por uno en largas hojas de papel los sufragios obtenidos.

Era la noche, aquella noche de Mayo que había sucedido á un día de calor intenso, y quedaba ya el pavimento de la sala cubierto de papeletas arrojadas allí, manchadas, pisadas, como residuos

de la batalla electoral, como hojas marchitas del voto ó de la tempestad.

La gente se agrupaba alrededor de los escrutadores para ver mejor, y se subía á los bancos, á las mesas, á los pupitres de los escolares.

La ansiedad que aprieta al corazón ante un grave suceso del acaso, la febril angustia del misterio, agitaba todas las manos, encendía todas las miradas, hacía estremecerse de impaciencia á todos los pechos, revelándose la zozobra en suspiros de disgusto, en palabras cortas, en ademanes bruscos.

Los escrutadores proseguían, no obstante, con lentitud su trabajo, como gentes investidas de funciones extraordinarias y nuevas para ellos; y cuando las papeletas desplegadas formaron dos ó tres montones sobre la mesa de la presidencia, era fácil prever el resultado de la votación.

—«¡Miguel Berthier! ¡Miguel Berthier! ¡Miguel Berthier!.....»

Este nombre se repetía invariablemente, apenas sin interrupción momentánea, como sucede en el juego de la ruleta cuando se obstina en darse un mismo *color*; y era recibido con explosión de risa este otro nombre, si alguna vez salía de las urnas: «¡Brot-Lechesne!»

¡Pobre Brot-Lechesne!

—Berthier será elegido—decíase en todos los lados de la sala.—¿Quién duda de ello?

—¡Elegido por formidable mayoría!

—¡Qué éxito!

—¡Qué derrota á Mr. Brot-Lechesne!

—¡Hundido para siempre el fabricante de calzado!

—¡Y qué soberbia lección para el Ministerio!

—¿Lo habéis meditado bien? Berthier, el hijo de Vicente Berthier, enemigo personal del Emperador..... Nunca, nunca la oposición ha obtenido un triunfo tan brillante.....

Porque la elección de Berthier era la afirmación solemne de la libertad, la revancha del derecho contra la fuerza, la significación de la voluntad nacional francamente presentada al que se decía dueño de la nación, jefe del Estado.....

¡Qué poderío para el candidato cuyo nombre salía de las urnas entre semejantes aclamaciones! ¡Con qué prestigio, qué autoridad, qué brillantez, aquel Miguel Berthier había de entrar, erguida la cabeza, en el Cuerpo Legislativo!

—Por lo menos—decía un viejo obrero frotándose las manos—habrá allí uno de los *buenos*..... ¡No debemos temer que éste desfallezca!

—Pero ¿tú le conoces?

—No. He conocido á su padre, y «el que á los suyos se parece.....» ¡Se me ha dicho que es uno de los *de verdad*, de los *sólidos*!

—¡Oh! ¡Entonces!.....

Por un lado, afirmaciones y propósitos enunciadados con la credulidad profunda, casi infantil, sublime, del pueblo; por otro lado, sospechas indicadas con alguna ironía, verdaderos indicios de duda.

En la calle, á la puerta de la escuela-colegio electoral, los agentes municipales no se tomaban la pena de despejar la calle, y la muchedumbre esperaba silenciosa, y el semblante de los que esperaban parecía dirigir á los que salían con semblante risueño esta interrogación:

—¿Y qué? ¿y qué?

—¡Es Berthier!

—¡Berthier! ¡Bravo, bravo! ¡Que sea enhorabuena!

Y en seguida la noticia se comentaba con acaloramiento.

—¿Cuántos votos de mayoría?

—No se sabe aún, pero el triunfo es soberbio.

—¿Y en las otras secciones?

—¡Oh! mayor.

Y la muchedumbre manifestaba alegría viví-

sima, y gentes que no se conocían antes comunicábanse gozosas la buena nueva y la comentaban con ardor.

—¿Cuántos votos de mayoría?

—No lo sé, pero muchos, muchísimos..... ¡es soberbio!

—¿Y las otras secciones?

—¿Las otras? ¡Magníficas, magníficas!

—¡Ah! pues si fuésemos á casa de Berthier.....

—¡Vaya una idea!

—Esperemos á oír la cifra final.....

—¡No, no! ¡á casa de Berthier!

—¡Le daremos antes que nadie la noticia!

—¡Y pronunciará un elocuente discurso!

—¡A casa de Berthier, á casa de Berthier!

Y formándose en el acto enorme grupo de convencidos, de curiosos, de patriotas ardientes, de desocupados, de los eternos espectadores de todas las comedias parisienses, echó á andar por en medio de la calle, agrandándose inmensamente en el camiuo, hacia el domicilio de Miguel Berthier.

Uno de los que eran empujados por aquella ola humana, un hombre del pueblo, encontróse con otro pobre diablo, compañero suyo de taller, que andaba lentamente, casi apoyado en los muros de las casas, mirando al suelo, llevando de cada mano

á un niño, y el más pequeño caminaba con gran trabajo y sufría á veces fuertes golpes de tos.....

El primero de estos hombres se acercó á su camarada y le dijo:

—¿Tú no sabes, Renaud?

—¿Qué he de saber?

—¡Miguel Berthier!

Y su rostro estaba resplandeciente de alegría al pronunciar ese nombre.

—¿Y qué, hombre?—replicó el otro.

—¡Que ha sido elegido!

—¡Ah!—exclamó Renaud mirándole con expresión de vaguedad, de tristeza y cansancio.— Tanto mejor para él..... pero ¿qué me importa eso á mí? ¿Tiene trabajo que darme tu Miguel Berthier?..... Vamos, chicuelos, un poco de fuerza en las piernas..... Y tú, Isidoro, no tosas tanto.....

Y el desdichado se alejó casi arrastrando á sus dos hijos y murmurando entre dientes:

—¿Qué, Berthier? ¿Qué tengo que ver con Berthier? Después, ¿y pan?

—¡Oh rabia!—exclamó entonces el otro obrero, corriendo á reunirse con los que marchaban hacia la casa de Berthier.—¡Sacrificaos luego por el pueblo! ¡Miguel Berthier! ¡Un hombre que es capaz hacerse matar por nosotros!

III.

Abrióse bruscamente la puerta de la habitación de Berthier, y una oleada de gente invadió el gabinete del candidato, gritando con atronadoras voces!

—¡Diez y ocho mil votos!

—¡Elegido!

—¡Soberbia victoria!

—¡Hundido Brot-Lechesne!

—¡Viva nuestro diputado!

—¡Qué día! ¡qué jornada!

Miguel Berthier sentía deseos de abrazar á todas aquellas gentes: sus ojos se enturbiaban, hinchados de lágrimas; sus sienes latían fuertemente; creyó un momento que iba á desvanecerse, golpeado en sus oídos por chorros de sangre.

Pero tuvo fuerzas para quedar en pie, y apoyando su mano izquierda en actitud de tribuno sobre la mesa de ébano guarnecida de paño rojo y atestada de papeles, exclamó con voz cuyos estremecimientos ahogaba entre los dientes:

—Ciudadanos, gracias, gracias; pero nada de

felitaciones, os lo ruego, porque no las merezco yo, sino vosotros.

Lo que decía Berthier era una de esas frases que sirven de exordio ó de conclusión, según el caso, á cualquier discurso; y quizá también era sincero, juzgando que efectivamente los electores habían cumplido su deber y hecho alarde de gran valor eligiendo entre la generación presente al hombre que mejor que otro podía defender la causa del pueblo y la libertad.

Había en la multitud algunos representantes de la clase media, *bourgeois* del distrito, estudiantes, obreros, confundidos todos con los creyentes, los patriotas y los desocupados que les habían seguido; y todos con la cabeza descubierta contemplaban á Berthier con más respeto aún que curiosidad: inclinábanse los electores llenos de fe ante aquel hombre que acababan de enaltecer confiándole un mandato, y les parecía que era ya superior á ellos mismos, que les dominaba, que le habían hecho su dueño y señor.

Aquello era como el sentimiento de Pigmaleon conmovido ante su obra.

Un hombre se destacó de la muchedumbre, viejo obrero vestido con la blusa de albañil, las manos manchadas de yeso, y en una de ellas su

gorra polvorienta, cargado de hombros, encorvado y con espesa barba gris en forma de un collar.

Berthier adivinó en él uno de esos trabajadores honrados que aman un limpio y alegre hogar, mujer honesta y obedientes hijos.

—Perdón y excusa—dijo el obrero sin timidez, aunque sin el aplomo habitual de los oradores populares;—¿queréis permitirme, señor, responderos á la idea que habéis adelantado, eso de que nosotros hemos hecho hoy una buena obra y merecemos las felicitaciones? Sí, es verdad; porque estamos persuadidos de que vos sois un hombre, lo que se llama un hombre..... y que defenderéis nuestros intereses como es menester, sin desfallecimientos. Tened en cuenta, señor diputado, que estamos cansados de revoluciones, porque siempre, vencidos ó vencedores, pagamos los vidrios rotos..... ¡Observad! Mi padre atrapó una bala en 1830 que le rompió un brazo, y yo he estado á punto de salir con la cabeza rota en 1848. No habría necesidad de eso si tuviésemos representantes bien resueltos para hacer comprender á los gobernantes que gobernar mal es suicidarse. Les diréis esto en la Asamblea ¿no es verdad? Id y votad, señor Berthier, y no habrá solamente millones de electores que os den sus votos, sino millones de bravas

gentes, á menudo engañadas y siempre llenas de confianza, que buscan hace mucho tiempo al hombre que deba defenderlas.

—Gracias—contestó Berthier con emoción que no pudo disimular sino á medias, porque la cordial y ruda franqueza del albañil le hizo comprender la grandeza del cargo que aceptaba.

—Nada temáis—añadió—porque seré digno de vuestra confianza y siempre estaré á la altura de mi misión; marcharé de frente contra el despotismo con la espada en la mano, sin preguntarme siquiera si alguien me sigue; y en la hora del peligro, como dijo el poeta.....

Y paseó entonces su mirada fulgurante por aquella muchedumbre, y añadió con altivo gesto de orador:

« Si uno solo quedase ante el peligro,
Ese sería yo, ¡yo, ciudadanos! »

Su voz, su acento profundo, varonil, lleno de energía, hizo brotar un relámpago de esperanza en las miradas febriles de los que le escuchaban, y arrancó á la multitud aplausos y vítores.

—¡Viva Miguel Berthier! ¡Viva la libertad!

Entonces Miguel pretextó una terrible jaqueca por efecto de trabajo forzado, por haber tenido

que preparar apresuradamente la defensa de un periódico democrático perseguido en provincias, y rogó que le dejaran sólo.

—¡Cómo!—exclamó una voz, la del bravo albañil.—¡Eso es demasiado justo!

Y Berthier estrechó las manos de aquellos hombres, les saludó afectuosamente, tuvo alguna palabra elocuente para ellos, les acompañó hasta la escalera, y apoyándose en la barandilla les siguió con la mirada mientras descendían, orgullosos unos, inclinándose otros, y admirando todos al nuevo diputado, á *su* diputado.

Miguel experimentó verdadero alivio al regresar á su gabinete.

Pedro Menard le esperaba allí, sentado en la chimenea, destacándose su cabeza en la viva luz de las lámparas que Justino había encendido.

—¡Uff!—exclamó Berthier—¡Ya han marchado!

Esta exclamación pareció á Menard bastante extraña: ¿era sencillamente el cansancio lo que en tan graves momentos embargaba el corazón del joven, de aquel joven transformado de un momento á otro en verdadera potencia?

La multitud estaba aún en la Avenida Trudaine, al pie de la casa, y su murmullo continuaba

subiendo, mezclado de ardientes clamores de entusiasmo; é inclinándose un poco sobre el balcón podíase ver la masa negra agitándose á la luz de los mecheros de gas.

—¿Si querrán que me asome?— dijo Berthier. Y bruscamente cerró las maderas.

Y en seguida, tendiendo ambas manos á Pedro Menard, le dijo con súbita efusión:

—¡Oh amigo mío! ¡qué feliz soy!

Y la alegría se reflejaba sin sombras en el rostro juvenil de Miguel; sus ojos tenían la expresión de encanto, mezclada con algo de sorpresa, casi de incredulidad, que tienen los del niño á quien se regala el juguete deseado, los del artista que llega á la realización de un ensueño adorado.

Era la vida, la vida más brillante, lo que se manifestaba ante ellos.

—¿Lo véis?— dijo Pedro Menard.—¿No os lo decía yo hace poco? ¿no soy buen profeta?

—Tenéis razón, Menard, y ahora tengo la palanca que ha de remover al mundo..... Sí, cuando se piensa en que muchas veces decimos en un salón ó escribimos en un periódico, sin eco alguno frecuentemente, lo mismo que lanzado al público desde la tribuna parlamentaria tiene el carácter de gran suceso, ¡qué gloria subir á ella!..... La tribu-

na, ¡qué pedestal y qué trampolín! Cualquier estúpido que logra permanecer en ella siquiera diez minutos, parece que se convierte súbitamente en grande hombre..... ¡tal vez porque está alta! ¡Ah, mi querido Menard! Y lo cierto es que ya era tiempo de que se acabase toda esta fiebre electoral: estaba en verdad cansado de reuniones, de discursos, de cartas, de explicaciones, de delegados..... harto ya de la vida de candidato, que es la más penosa del mundo, y que me hacía parecer, desde hace algunas semanas, á un presidiario que arrastraba una urna en vez de un grillete.....

Y Miguel se dejó caer en un sillón y extendió sus brazos y sus piernas todo lo que pudo, para estirarlos y descansar mejor.

Menard se levantó, y buscando su sombrero, que antes había dejado en una silla, miraba con cierto disgusto, y con el rabillo del ojo, como se suele decir, á Berthier, dolorosamente impresionado de los sentimientos que manifestaba aquel hombre después de triunfo tan espléndido.

—¿Queréis algo?— le preguntó Miguel.

—Sí, mi sombrero.

—¿Os marcháis?

—Os dejo, porque necesitáis estar solo.

—Casi, casi es cierto—replicó Berthier;—por-

que si no tengo jaqueca, eso no, tengo en mi cabeza un tropel de ideas que corren, corren.... Voy á salir un poco á tomar el aire.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana—contestó Miguel.

Y Menard, limpiando maquinalmente con el brazo derecho su sombrero de copa y anchas alas, que ya había encontrado, añadió, rascándose debajo de la barba:

—Bien hecho, querido Berthier, en ir á tomar el aire; pero acordaos de que, á contar desde hoy, no tenéis el derecho de estar cansado.... ¿Sonreís? Pues no me burlo.... Y además, pensad en nuestra conversación anterior. No insisto, porque es fastidioso desempeñar el pedantesco papel de *Tiberge*.... Conque hasta mañana.... por la mañana.

Y después de estrechar con fuerza la mano á Miguel, salió de la habitación.

Mas al bajar la escalera asaltóle el amargo pensamiento de que Miguel, en la explosión de su ardiente alegría, no había dedicado el menor recuerdo á Vicente Berthier, y se asombraba y á la vez se irritaba.

Pero la mano de Miguel, que había estrechado, ¿no estaba enardecida, abrasadora? Realmente el joven tenía fiebre; y luego, con tantas emociones,

¿quién no tiene derecho á estar fatigado, enervado, harto?

—¡Bah!—murmuró el antiguo proscrito.—El día ha sido bueno y la elección excelente. Vamos; todo llega en este mundo; hasta la justicia, y todo también concluye, hasta la fuerza. París ha votado bien. ¡Viva la nación!

Y perdiéndose luego entre la sombra de la Avenida, algunos antiguos refranes marselleses se le subían á los labios y le acompañaban en su camino.

* * *

Efectivamente, Miguel tenía necesidad de estar solo, de mirar cara á cara á su conciencia, á sus pensamientos, á sus esperanzas, á sus ambiciones, á sus recuerdos.

Temiendo que sus amigos fueran á felicitarle, como era verosímil, lanzóse á la escalera casi detrás de Menard, despues de decir á su criado Justino:

—No me esperéis. Cenaré en un *restaurant*.

Ya en la calle, sintióse acosado hasta la médula de los huesos por la tentación de ir á los *boulevards*, atravesar por en medio de la muchedumbre que repetía su nombre, pasar de largo, acariciado

29842

UNIVERSIDAD DE MEXICO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

su oído con el eco de la victoria, sin que nadie sospechase que estaba allí, que aquel transeunte, aquel desconocido, aquel anónimo..... era él.

Quería ver de cerca al París que le pertenecía, los cafés, los comercios, las luces, todo lo que ahora era suyo.

Pero ¿cómo presentarse y no ser reconocido? La fotografía había popularizado mucho tiempo antes sus facciones, y un periódico de caricaturas, que vende cien mil ejemplares, le había representado sobre un velocípedo, dejando *distanciado* enormemente al candidato *adicto*, el fabricante Brot-Lechesne, que perdió sus zapatos en la carrera..... ¡Miguel Berthier comenzaba á experimentar los inconvenientes de la gloria!

Perdióse, por lo tanto, en calles desiertas, ávido de silencio, de sombra, de soledad, hablando maquinalmente en voz alta, amenazando al poder, declarando guerra mortal á los abusos, escalando con el pensamiento todas las cumbres y eminencias, entre aplausos, aureolas y músicas.

Y si encontraba un transeunte que llevaba en la mano cualquier periódico, apretando el paso tal vez para conocer cuanto antes el resultado de las elecciones; si veía á las gentes de codos en balcones y ventanas, hablando y fumando tranquila-

mente, acariciaba su insensato orgullo diciéndose :

— Todos esos te conocen, Miguel; todos hablan de tí y pronuncian tu nombre; quizás te han aclamado y esperan que ejecutes grandes hechos.

Había seguido su camino sin objeto fijo, y llegó poco á poco ante una casa del *boulevard* Clichy, cuyo ancho portal se abría en un jardín sobre enarenada avenida.

Al extremo del jardín estaba la casita de un solo piso, oculta entre los árboles, y para llegar á ella era preciso abrir la puerta de una empalizada verde y subir además los pocos peldaños de una escalera de piedra.

Miguel se paró algunos momentos enfrente del portal, y vió al final de la avenida una luz que se filtraba suavemente como una estrella, á través de las ramas.

— ¡Pobre muchacha! — dijo. — ¡Me espera! ¡Con cuánto apresuramiento palpitará su corazón!

Vaciló todavía antes de entrar, mirando con satisfacción el follaje que se mecía lentamente en la sombra de la noche, y cuyo suave aroma le embriagaba, haciéndole olvidar los olores de aceite y de petróleo, las emanaciones humeantes que había respirado muchas semanas en la atmósfera pe-

sada de las reuniones electorales, que se celebraban por lo general en las salas de baile de las afueras, á la luz de viejos quinqués, y ante un público numeroso que interrogaba y escuchaba.

—¡Basta ya de esos clubs! — pensó Miguel.— La vista de este jardincito me causa placer, y, ¡palabra de honor! no sabía yo que tenía aficiones tan bucólicas.

IV.

Los jardines son raros en París, porque se cree que un terreno dedicado á las flores es terreno perdido.

Los grandes parques de antaño han sido despedazados, cortados por nuevas calles; los grandes árboles que estaban aprisionados entre altos muros han caído.

Y los jardines son, no obstante, como la sonrisa de las ciudades: una flor, una planta verde y lozana parece que ilumina la callejuela más sombría.

París tiene *squares* británicos, jardines oficiales, flores muy limpias, alfombras de césped, castaños embutidos en el asfalto y con castañas *de imita-*

ción; pero un verdadero jardín, sencillo, libre y discreto, un jardín embalsamado, un rincón en que esconderse, olvidar y soñar, al que no llegan los ruidos de los carruajes, ni el murmullo monótono de las muchedumbres, ni el eco desacorde de organillos y canciones callejeras, un refugio en la sombra, un nido de enamorados y de poetas; eso es lo que no tiene París, el París de la moda, de la *fashion*, del *chic*, de la fiebre.

Es necesario subir al pie de las cumbres, al pie de la colina de Montmartre, para encontrar un pedazo de tierra que sonría con sus flores y plantas.

Ciertas casas del *boulevard* Clichy permiten ver todavía, al fondo de alguna calle de blanca arena, árboles de hermosa verdura, castaños adornados con grandes conos de florecillas blancas, albaricqueros que suben á lo largo de los muros y abren al sol y al céfiro sus flores de un color pálido, encantador y tierno.

En uno de estos jardines habitaba sola aquella mujer de quien Pedro Menard había hablado á Miguel Berthier, y el joven convirtió aquel rincón del *boulevard* Clichy en su oasis y su refugio. ¡Allí tenía sus ensueños!

Después de un momento de vacilación, Miguel atravesó el umbral de la casa, empujó la puerta

de la empalizada y subió la corta escalera; entonces se abrió una puerta interior, dibujóse en la penumbra una forma blanca y resonó una voz de mujer que gritó preguntando:

—¿Qué? ¿qué?.....

—¡Elegido!—respondió Berthier.

—¡Elegido!

Dos manos finísimas aplaudieron con movimientos rápidos, y Miguel, henchido de alegría, sintió que dos brazos rodeaban su cuello y que entre caricias se le decía:

—¡Qué dichosa soy y qué orgullosa estoy!

Miguel entró en la casa.

Bajo una lámpara de pantalla de ópalo había una labor de *guipure*, al lado de un cestito forrado de satin azul.

—¿Trabajabas?—preguntó Berthier.

—Para matar el tiempo..... ¡estaba tan inquieta! Hacía esos cuadros de *guipure* que tanto te gustan, para las ventanas de tu gabinete de estudio.

—¡Querida Lía!

Sentóse el joven cerca de la niña, y la dijo:

—¿Sabes una cosa? ¡Muero de hambre!..... Parece que la victoria da apetito.

Lía sonrió, y abriendo una puerta le mostró una mesa redonda con mantel extendido, dos cu-

biertos, vino centellante en botellas, rojos cangrejos y una cesta de frutas primerizas.

—¿Luego me esperabas?

—¿Qué? ¿no sabía yo que vendrías en cuanto hubieras terminado los graves asuntos que nos separaban? Me amas siempre, ¿no es verdad?

—¡Que si te amo!

—¿Mucho?

—¡Mucho! ¡Con todo mi corazón!

Y la besó en la frente, la condujo con dulzura hacia el comedor y sentóse enfrente de ella..... bien satisfecho de poder decir que estaba lejos de los que le buscaban y aclamaban.

Miguel miró á Lía, cuya frente alumbraba la lámpara suspendida del comedor, y ella, algo pálida, le acariciaba, le bebía con sus dos grandes ojos.

Lía ostentaba un cutis ardiente, con el dorado colorido de las razas orientales; su nariz era larga y fina; sus labios rojos, arqueado el superior y movibles, serios unas veces y otras sonrientes, mostraban dientes de nácar engastados en rosas; su linda barba tenía un gracioso hoyuelo; su frente sin arrugas, coronada de dos ojos negros impregnados de dulzura, con largas pestañas que se bajaban á menudo para tamizar en ellas la luz ó

para apagar el fuego de las pupilas; sus cabellos eran oscuros, y levantándose por encima de la frente en dos *bandeaux*, se arrollaban por detrás en gruesa trenza y daban á la fisonomía infantil de la niña el carácter clásico de una medalla griega.

Lía, que era judía, presentaba el tipo israelita suavizado: era la hermosura transformada en gentileza, la severidad cambiada en gracia, el estilo convertido en encanto; y este encanto consistía en un abandono que acariciaba castamente, en la franqueza de la mirada y del beso, en una armonía seductora y graciosa.

—¡Cómo me miras!—dijo la muchacha, algo sorprendida de la atención con que Miguel la examinaba.—¿Qué tienes, dí?

—Nada: que eres muy bella.

Miguel pensaba en lo que le había dicho Menard, y deducía que este hombre, aunque fuesen incontestables su honradez y su cariño, no tenía ningún derecho para mezclarse en asuntos que no le pertenecían.

—Si quieres—le dijo él—mañana nos iremos por los campos á tomar el aire..... Tengo ardiente deseo de ver follaje, verdadero follaje sin polvo, y de ofrecer mis mejillas á la luz del sol.

—Sí, sí—contestó Lía con infantil entusiasmo.

—Hace ya mucho tiempo que no hemos salido de este París..... No me quejo, porque tienes tus ocupaciones y tu vida pública; y además es preciso ocultarnos para que el mundo no nos pida cuentas de nuestra dicha. El mundo es malo y se ocupa mucho en los que no se ocupan en él para nada; en mí, por ejemplo..... Y será la primera vez que yo saldré del brazo de un diputado..... ¡Un señor diputado!..... Procuraré ver si te ha hecho variar esta repentina grandeza..... Pero no, no; eres el mismo, siempre el mismo; mi dulce amado, siempre mi amado!

Miguel Berthier se acordaba invenciblemente de la escena del drama de Goethe en que el Conde de Egmond aparecía en la morada de Clara, envuelto en una capa de caballero sobre rico traje español, y la flamenca niña le decía, retrocediendo desvanecida:

«¡No me atrevo á tocaros!..... ¡Ah! ¡El Toisón de Oro! ¡terciopelos! ¡bordados!..... ¿Eres tú Egmond, el Conde de Egmond, el gran Egmond que tanto ruido hace?—No, Clara, no soy ese hombre: el Egmond de quien hablas es triste, grave, frío, obligado á cubrirse el rostro con doble máscara; pero el Egmond que está delante de tí es sincero, feliz, tranquilo, amado.....»

Y él también, cuyo nombre se leía entonces en la primera plana de todos los periódicos, el vencedor en la jornada, el elegido de millares de hombres, el tribuno que hacía fruncir el ceño al Ministro de lo Interior y poner zozobra y alarma en la frente y en el ánimo de los personajes de las Tullerías; él también se decía que no era el Egmond obligado á observarse sin cesar, triste, siniestro, taciturno, «mientras el mundo le consideraba como libre y feliz.»

Y Lia le miraba con sus grandes y dulces ojos, en los que Miguel Berthier podía leer también las palabras de Clara:

«—¿Qué me importa morir? ¿Tiene el mundo alegrías y dulzuras que puedan compararse con éstas?»

V.

Miguel Berthier, cuando hacía sus primeros ensayos en el foro y publicaba estudios de crítica y versos en los periódicos del barrio latino, como *La Joven Francia*, vivía en la plaza de la Sorbona, en el segundo piso de un hotel de estudiantes.

La habitación del conserje solía estar ocupada

por la administración del hotel, y antes del entre-suelo, en una especie de nicho abierto en la medianería de la casa, que formaba la puerta de una habitación interior muy *confortable*, habitaban los propietarios del hotel, señor y señora Hermann.

El principal ornamento de la habitación de los esposos Hermann era un cuadro de madera con ganchos numerados, de los que pendían las llaves de los cuartos de la casa: cada inquilino, cuando salía, colgaba allí su llave, la cual volvía á coger, cuando entraba, de las manos arrugadas de la señora Hermann, quien añadía siempre alguna sonrisa amable que le hacía arrugar la boca bajo una nariz hebraica semejante al hocico de su perro.

Su marido Hermann, á quien llamaban «el Padre Hermann», era de más edad, aunque más bello, representando con sus cabellos blancos y su barba gris á un profeta bíblico vestido con nuestro desgarbado traje moderno.

Los dos eran judíos, y Miguel Berthier pudo ver algunas veces en aquella habitación, cuando subía á la suya, varios tipos israelitas, sórdidos, de encrespados cabellos y labios gruesos, que se parecían á los árabes desfigurados por la vida europea: eran parientes ó amigos de los Hermann, que se reunían allí para celebrar cualquiera fiesta.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE LA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO